

POR LA ESCUADRA

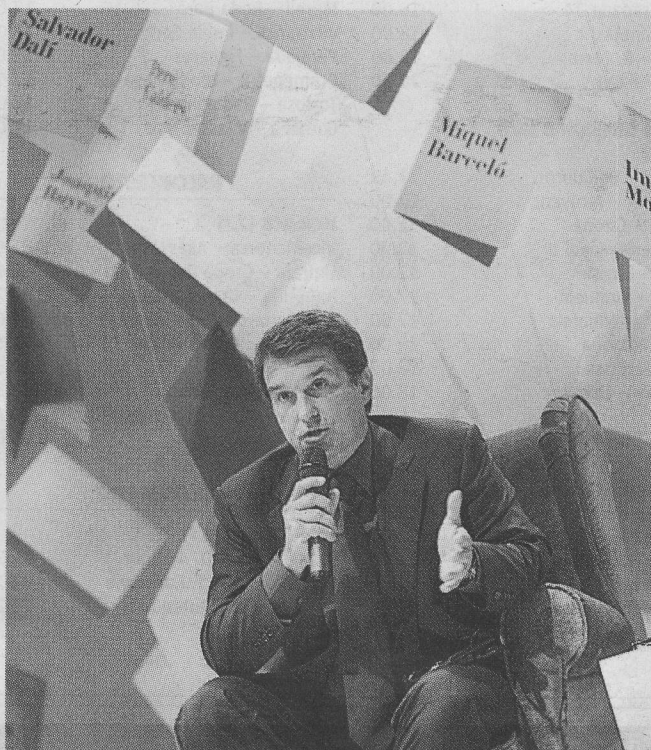


Dagoberto Escorcía

La garganta del club

Está muy bien que en un país donde sus habitantes tuvieron durante muchos años miedo a expresarse libremente, la gente haya abandonado el temor y aproveche al máximo la Constitución para hacer y decir lo que bien le viene en gana. Joan Laporta, en ese sentido, no puede ser una excepción. Los que le conocen saben de su ambición, también de su ímpetu protagonista, condiciones que van en aumento, y no precisamente para mejorar, a medida que suma años de experiencia al frente de una entidad como el Barcelona.

Lo bueno del que habla o actúa es que o sabe que tiene que ser brillante y coherente con sus ideas o sabe que cualquier lapsus va a servir de carraza a sus enemigos. En este sentido, Laporta es un jugador nato. Arriesga y apuesta, y puede que hasta le importe un pepino la reacción del mundo que está en su contra. Él dice y hace lo que piensa sin interesarle en muchas ocasiones que como presidente de una gran entidad hay según qué cosas que no se pueden decir ni hacer. Pero él las



Joan Laporta, esta semana en Frankfurt

ARNE DEDERT / EFE

hace y las dice. Ese Laporta aparece ante los ojos de un mundo medio como un hombre sobrado y prepotente. Alejado del presidente con *seny* y, en cambio, con una incontinencia verbal que le

acerca más al difunto Jesús Gil, a Ramón Calderón o a un Lopera o un Del Nido cualquiera. No es diferente Laporta a ninguno de ellos, lo que confirma aquella vieja teoría de que los presidentes de los clubs de fútbol, por lo mucho que hablan, son más la garganta que la cabeza de la entidad.

Teniendo en cuenta que el catalán siempre ha querido ser diferente, Laporta comete errores de base y cae en contradicciones horribles. Hasta el momento todo es soportable, porque el equipo vuelve a funcionar bien; soportable también porque el presidente tiene paraguas todavía más grandes en el entrenador del primer equipo y en sus jugadores estrella, vigilados estrechamente para que cumplan con sus cometidos profesionales; soportable también porque la oposición no existe y los que dicen estar al otro lado del presidente dejan mucho que desear. Es decir, a estas alturas Laporta sigue siendo el menos malo.

En esta situación de libertad y sin nadie que revise ni le pida cuentas de sus actuaciones y declaraciones, Laporta vive feliz. Igual aparece en Barcelona o

en Zurich pidiendo a los jugadores internacionales que se dosifiquen en sus selecciones, que se erige en la cabeza visible del fútbol europeo para negociar las compensaciones que tienen que recibir los clubs por dejar a sus futbolistas a las selecciones nacionales. Igual aparece en Frankfurt para dar la nota política y decir que habría que proclamar la República Catalana del Barça si Catalunya no obtiene la independencia. Y puede que le importe poco que Valdés, que no está en ninguna selección, y los que sí están

La incontinencia verbal de Laporta le acerca a un Lopera o a un Del Nido cualquiera

e incluso hasta Samuel Eto'o, le contradigan.

¿Pediría Laporta a los futbolistas de la selección catalana, él, que va de patriota por la vida, que se dosifiquen cuando se pongan la cuatribarrada? Y puede que hasta piense que el veto del Catalunya-Estados Unidos por parte de la Española que dirige su amigo Villar es una nimiedad y no tiene nada que ver con la independencia que proclama. Puede que piense que todo esto sólo lo puede conseguir él cuando sea presidente de la República Catalana del Barça.